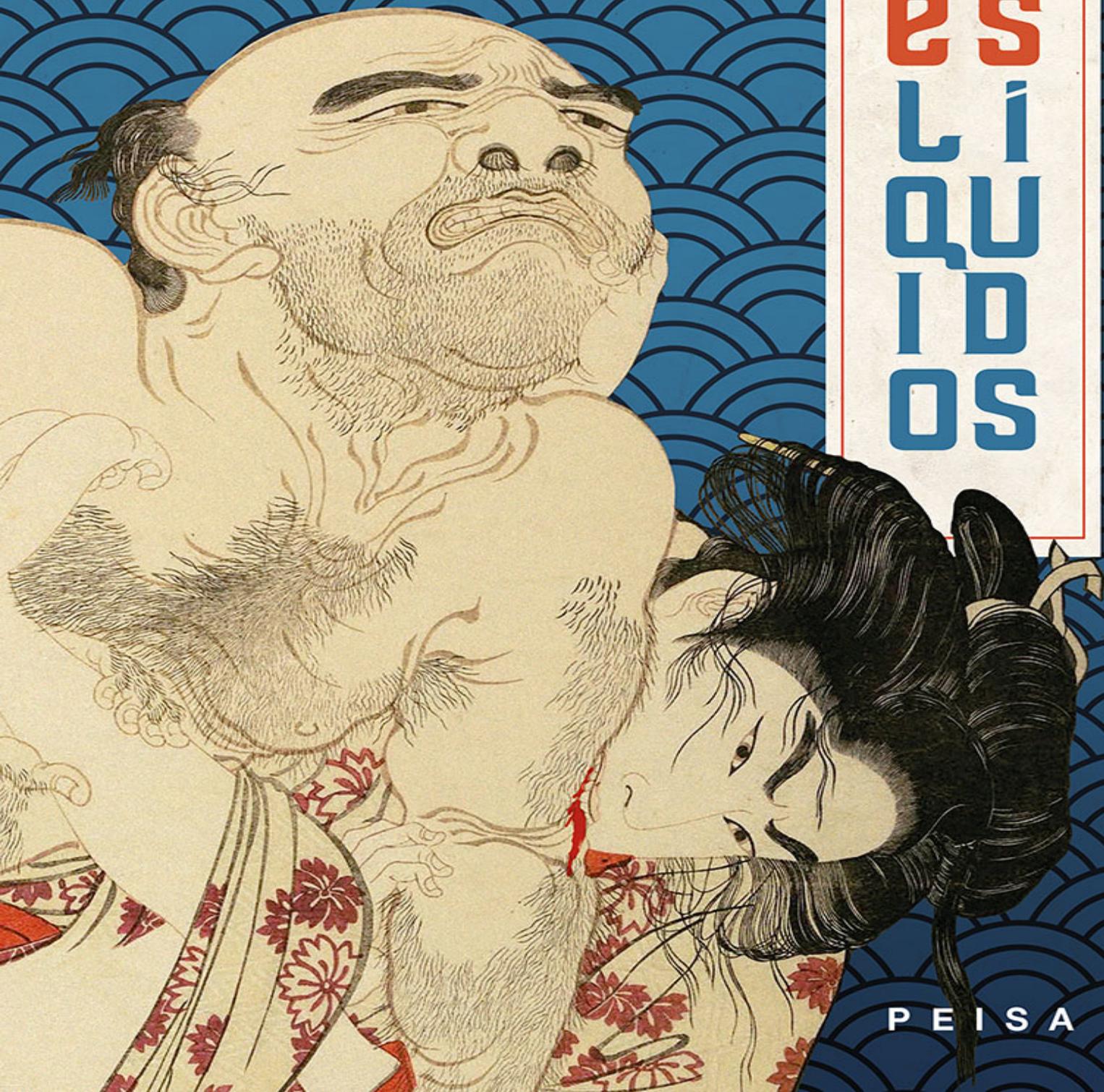


Carmen  
Ollé

AM  
OR  
ES  
LI  
QU  
ID  
OS



PEISA



CARMEN OLLÉ nació en Lima en 1947. Estudió literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En 1981 publicó el poemario *Noches de adrenalina*, al que siguieron el conjunto de poemas y relatos *Todo orgullo humea la noche* (1988), el relato *¿Por qué hacen tanto ruido?* (1992), y las novelas *Las dos caras del deseo* (1994), *Pista falsa* (1999), *Una muchacha bajo su paraguas* (2002), *Retrato de mujer sin familia ante una copa* (2007), *Halcones en el parque* (2012), *Monólogos de Lima* (2015), *Halo de la luna* (2017) y *Amores líquidos* (2019). Fue profesora de Literatura en la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle y actualmente conduce un Taller de Escritura Creativa en el Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.

Carmen  
Ollé

AM  
OR  
ES  
LI  
QU  
ID  
OS



L I M A



## **AMORES LÍQUIDOS**

© Carmen Ollé, 2019

© Grupo Editorial PEISA S.A.C., 2019

Jr. Emilio Althaus 460, of. 202, Lince

Lima 27, Perú

[editor@peisa.com.pe](mailto:editor@peisa.com.pe)

Diseño de carátula: Renzo Rabanal Pérez-Roca / PEISA

Diagramación: PEISA

Primera edición, julio de 2019

Serie del Río Hablador

ISBN edición impresa: 978-612-305-146-4

ISBN edición digital: 978-612-305-152-5

Diagramación digital: ebooks Patagonia

[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)

[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

Registro de Proyecto Editorial N.º 31501311900690

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-08902

Prohibida la reproducción parcial o total del texto y las características gráficas de este libro.

Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que protegen a esta publicación será denunciado de acuerdo con la Ley 822 (Ley sobre el Derecho de Autor) y las leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual.

«La cultura líquida moderna ya no siente que es una cultura de aprendizaje y acumulación, como las culturas registradas en los informes de historiadores y etnógrafos. A cambio, se nos aparece como una cultura del desapego, de la discontinuidad y del olvido».

ZYGMUNT BAUMAN

# LE MALHEUR

(LA DESGRACIA DE NO PODER ESTAR SOLO)

## **Prefacio**

No es La Rotonde ni una cafetería de Buenos Aires, en sus mejores épocas, desde donde observo por el gran ventanal el ir y venir de la gente que pasa. El aburrimiento me invade, también cierta nostalgia de cuando no tenía nada que perder, como ahora que tampoco tengo nada que perder. Quizá por eso me han impresionado dos cuentos de Edgar Allan Poe, Eddy, el que de cierta manera da el título a esta fábula y «La muerte de la máscara roja», este último sobre una epidemia de cólera en Baltimore en 1842. Además, no voy a negarlo, parto de un cuento estupendo de Eddy titulado «El hombre de la multitud». La verdad nunca me interesó mucho este autor cuando mis alumnos del taller de narrativa breve lo mencionaban como uno de sus escritores preferidos. Solo me acordaba de «La caída de la casa Usher» y me resultaba elemental esa inclinación por el terror. Pero un día, una amiga poeta, muy generosa, me regaló una biografía del susodicho y como yo adoro leer biografías, memorias, autobiografías, descubrí que Poe no solo había creado cuentos de horror o de misterio, sino también relatos lógico-analíticos (Walter Lennig dixit), y psicológicos.

Lennig dice que en «El hombre de la multitud» -el cuento más breve de Poe-, no pasa nada, pero claro que pasa algo.

El protagonista, después de observar hipnotizado a la multitud, descubre a un anciano flaco y pálido y decide salir del local para seguirlo con sigilo, durante casi dos días y dos noches. En el recorrido se internan en el gentío, se vacían las calles, y otra vez perdidos entre la muchedumbre, luego por callejas solitarias, la lluvia

escampa por momentos. Continúa la persecución por avenidas elegantes, callejas de truhanes y prostitutas, otra vez lluvia. Entonces el anciano se detiene en garitos de mala reputación o en un bistró, glamorosos lugares de diversión de donde entra y sale gente, hasta que estos quedan casi desiertos; y vuelve otra vez al gentío, con el protagonista siguiéndole los pasos a poca distancia. Agotado por la caminata, este se detiene frente a él; ah, pero el anciano no lo ve, y sigue su camino. Él representa - anota Poe- el crimen de no poder estar solo. *Ce grand malheur de ne pouvoir être seul*. Poe usa este epígrafe de La Bruyère en el cuento y yo le robaré una parte del mismo para mi relato, así en francés, pues siento que se ajusta a mi historia.

## 1

La mujer que se acerca a la cafetería donde me encuentro se parece a una compañera de colegio que se suicidó a los veintiún años y de quien no puedo hasta ahora olvidarme, aunque conforme se aproxima va adquiriendo otro perfil, nada menos que el de otra amiga ya fallecida, Pilar, escritora que partió un mes antes de cumplir los cincuenta; la chica del colegio no quería llegar a los cuarenta y cumplió su cometido; pensaba viajar al África. Siempre me pregunté por qué al África, ahora lo sé, del África salimos todos, es nuestra tierra materna. Respuesta simple y llana que puede complementarse con una idea más compleja, como la de arrojar las cenizas al mar, porque todo viene del mar. Habrá otra explicación tal vez más sencilla o más compleja, es cuestión de esperar.

Pilar es alta, avanza a grandes pasos, es casi de la talla del hombre que va detrás de ella sin poder alcanzarla. Por su cabello que cae ondeado sobre la frente diría que es el

poeta José María. Pilar se da media vuelta, pero no para decirle algo al poeta. A Pilar también la sigue una mujer de mediana edad vestida con un traje sastre de oficinista e intenta asirla por su chaqueta. Por su atuendo y maquillaje y la expresión de su rostro, con una sonrisa de esforzado alarde, reconozco a la señorita Fina, personaje de la novela *Puñales escondidos*, una mujer que no ha conocido el amor, arrastra gran frustración, es fría, calculadora y carente de emociones. Las dos se detienen a las puertas del café. Pilar se acomoda la pañoleta, mira hacia el interior del local, pero no parece ver a nadie ni nada. Se arregla su chaqueta de *tweed* que Fina ha tocado en un intento de decirle algo, pero solo entiendo frases inconexas por el movimiento de sus labios; la escritora contempla sus uñas; saca una lima de su bolsón -a ella le encantan las carteras enormes- y se las lima cuidadosamente mientras la señorita Fina la mira sin entender. Hasta el gran ventanal de la cafetería por fin llega el poeta. Voltea lentamente para ver quién lo sigue; le sonrío a una niña que va vestida de azul; el poeta la observa con cierta mansedumbre cuando la pequeña alza un poco la voz. Tampoco entiendo lo que le dice esta vez. José María sigue con su sonrisa de medio lado y menciona algo sobre la noche.

No es sobre ellos que gira esta historia, tal vez vuelva a encontrarlos en el camino, quizá los encuentre ocasionalmente. Nada está dicho aún. Las tramas son imprevisibles, nos llevan a veces a un callejón sin salida o a un inmenso desierto donde las dunas esconden todo tipo de serpientes.

Una densa niebla se arremolina ante las ventanas y puerta de vidrio y luego avanza de súbito empujada por el viento; es una imagen que arrebatara las mentes en la costa de esta ciudad, la neblina sube desde los acantilados hasta los cerros a unos diez o quince kilómetros y se empoza ahí

durante horas; pagué mi capuccino y salí para disfrutar de la niebla barranquina y también para intentar ver a Pilar y al poeta, pero la bruma era tan compacta que había borrado del paisaje a Pilar y a José María y a sus personajes.

El frío se sentía intenso, esas partículas higroscópicas húmedas me envolvieron y estuve a punto de perder la consciencia por un momento. Me apoyé en un murito, respiré hondo y junté las yemas de los dedos de la mano, algo que aprendí cuando era joven en mis clases de yoga, y decidí caminar sin rumbo.

Mientras andaba sin medir la distancia de mis pasos, que me alejaban de mi hostel -había alquilado un cuarto en un albergue rústico-, no quería saber nada de la rutina casera ni de los arreglos necesarios para que una vivienda se mantuviera en pie. Al diablo con eso, me dije, no amaba cocinar ni mandar componer cortinas o estores. Tampoco cambiar focos y menos lavar alfombras. Muy lejos de mi actual naturaleza estaba soportar ese peso inútil; mis sentidos, mi fuerza, mi estado de vigilia los había destinado desde hacía varios años a pensar, pero una frase embotaba mi cerebro, se atascaba en mi mente como un coche viejo en el fango: nada espectacular, solo era una frase más de las que uno escucha en su subconsciente. Y era como si un grajo me la repitiera a la manera del cuervo de Poe: «Nunca consigues nada. Nunca has conseguido nada». En realidad, se trata de la misma oración, solo cambia su posición en el tiempo. Como en los poemas del viejo y ciego Homero -así se lee en *Mímesis*, de Auerbach- mi vida transcurría en un primer plano «constante presente, temporal y espacial».

La niebla se fue dispersando poco a poco, ya podía enfocar mejor los escasos árboles de la avenida, con sus hojas polvorientas, algunos troncos rodeados de basura,

porque los barrenderos a veces no vienen a limpiar por falta de pago; pero una ardilla corre entre las ramas y trepa feliz con la certeza de que no hay depredadores. ¿Cómo llegó a esta ciudad de gallinazos y zancudos?, no lo sé, pero ahora abundan y brincan sin miedo ante la mirada de los humanos, que a veces las confunden con enormes ratas. Me detuve para contemplarla saltar de rama en rama como un tití, cuando alguien pareció llamarme por mi nombre, oí como a lo lejos que decía «Carmen, ah Carmen». A unos treinta pasos vi la figura de una muchacha de cuerpo esbelto aunque no llegaba a ser alta, se notaba que era joven. La cabellera larga, ondulada, le llegaba hasta la cintura; la chica caminaba con cierta pesadez como si hubiera ingerido un ansiolítico, con el sinuoso y delicado movimiento de sus caderas, como las antiguas gitanas del bulevar en el centro de la capital. A esta gitanilla solo le faltaba la cabrita de Esmeralda, ese personaje de Victor Hugo en *Nuestra Señora de París*, pero no, ella estaba sola, la cabra solo cabía en mi cabeza llena de información acumulada durante años y años de lecturas nocturnas y de escuchas radiales: *Django el Gitano*, *Juan del Diablo*, *El hombre de la máscara de hierro*, etcétera. Pues sí, en mí conviven dos personas: una de gustos elitistas como sonatas, adagios, conciertos y otra de aficiones plebeyas; las dos amadas con locura; a estas últimas agregaría los cómics antiguos sobre escritores y músicos.

Olvidé a la ardilla y decidí seguir a la chica. ¿Por qué había dicho Carmen, ah? Carmen, estaba intrigada; al fin y al cabo, no tenía nada que hacer, mi trabajo de editora podía esperar, como trabajadora independiente siempre podía inventar cualquier pretexto ante los directivos de la empresa que me contrataban: una enfermedad, una avería de mi *laptop*, el corte repentino de electricidad, qué caray,

cualquier cosa, era experta en la mentira para protegerme del acoso de patrones y acreedores.

La muchacha aceleró el paso, cruzó la avenida del tren y estuve a punto de perderla de vista por el largo semáforo, pero no, ahí estaba ella, parada en la acera de enfrente, de espaldas siempre, como esperándome. Luego continuó andando sin importarle que yo le pisara los talones, solo podía verle la punta de la naricita de vez en cuando, como si tuviera ojos de equino para ver de lado. Se internó por lugares que yo desconocía. No me asaltó la sospecha de un intento de guiarme hasta un sitio donde podía ser secuestrada o violada por una pandilla, no me importaba nada en ese instante, ella parecía enviarme un mensaje que eliminaba de mi mente esas frases funestas que, ya he mencionado, bloqueaban mi pensamiento. Por unos instantes dejé de oír el chillido del grajo invitándome al suicidio. La joven se perdía en callejones repletos de casuchas, pero si bien se detenía a veces en algún pórtico para acariciar la foto de la santa patrona de la quinta, proseguía sus andanzas sin volver la cabeza.

Al parecer nadie la conocía, pues ni la saludaban ni miraban, pese a que su sinuoso caminar era sumamente erotizante. Me vi a mí misma como a su escolta, aunque no tenía nada con qué protegerla en caso de... ya que ella se metió a un callejón a todas luces amenazador, había puertas de madera carcomida a ambos lados de las paredes, resquebrajadas estas por la humedad. En una se detuvo por unos minutos sin voltear para mirarme; las mujeres que vendían unas enormes torrejitas en los ventanucos de sus casuchas me ofrecieron sus productos con una cortesía exagerada; especie de parsimonia más bien; negué con la cabeza y ellas se alzaron de hombros y reanudaron el trabajo con sus fritangas. Al cabo de unos segundos percibí un olor a plástico quemado y un humo